

de honrar, con un trabajo incesante, el ennoblecimiento de su carácter, al modelo humano-divino, cuyo nombre lleva! La humanidad ha experimentado suficientemente lo que es capaz de hacer, cuando está abandonada á sus propias fuerzas. No es difícil convencernos de que el hombre, si quiere ser su propio original, acaba por llegar á ser una caricatura. Instruyámonos con las desgracias del mundo, con el ejemplo del pequeño número de los que han visto coronados sus esfuerzos con el éxito. El hombre llega á ser un carácter en la medida que se haya apropiado á Jesucristo. Por consiguiente, después de haber llevado la imagen del hombre terrenal, esforcémonos en llevar la imagen del hombre celestial. ⁽¹⁾

(1) I Cor., XV, 49.

CONFERENCIA XVI

LA EDUCACIÓN DEL SENTIMIENTO (GEMÜTH)

1. **La más grande laguna de nuestra época.**—En el último período del siglo XIX, algunas personas hallábase reunidas en el estrecho departamento de un vagón del tren, y la conversación versó sobre la cuestión de saber de qué se tiene más necesidad en nuestra época, y cuáles son las llagas más difíciles de curar. Sin titubear, una señora, hija de una gran nación, respondió: «¡De hombres! Yo misma he oído esta terrible declaración de guerra que el más grande orador eclesiástico de los tiempos modernos lanzó desde lo alto del púlpito de San Roque, el 30 de Febrero de 1853, en vista de la desmoralización del Imperio. ⁽¹⁾ Desde entonces mi convicción es que el mundo no llegará á mejorarse mientras no tengamos hombres. Ahora bien, se trata de saber quién nos los dará.» «¿Quién?—respondió con esa mezcla de finura y de flemma inimitables, propias de su nación, su vecino de enfrente, oficial inglés retirado—¿Quién sino las mujeres? ¡No creéis, dignísima señora, que la única razón por la cual no tenemos hombres, es porque nos faltan las mujeres, las mujeres que indemnizan á los hombres en su casa de lo que la vida pública ha podido quitarles? Si tuviéramos mujeres, bien pronto tendríamos hombres. ¿Es que V. misma no ha notado á menudo que la mujer, cuando se apresura á presentarse en público, como está ahora de moda, degenera mucho más y se corrompe más que el hombre?» Y emprendieron entonces una de esas amables é interminables conversaciones que versan sobre el pasado y sobre

(1) *Année Dominicaine*, n. 189, París, Poussielgue (1876), 90 y sig.

el presente, sobre el más y el menos, y que no es posible evitar cada vez que un hombre y una mujer se ponen á hablar de Adán y Eva, ó de alguna de esas parejas de sus descendientes que se llaman Paris y Helena, Tristán é Isolda, Romeo y Julieta.

Finalmente, un fraile, cuyo nombre y religión no hacen al caso, tomó la palabra y puso fin al debate diciendo:

«No me permitiré juzgar el valor de las razones que acabáis de exponer. Sin embargo, me parece que nuestra época carece de un bien mucho más importante aún é indispensable, mucho más difícil de reemplazar que el que Vds. han propuesto hasta ahora. Lo que más falta nos hace, según entiendo, son niños, es decir, infancia y sentimientos infantiles. Es un triste hecho, y una grave acusación contra los métodos de enseñanza y de educación que existen hoy día, que la juventud haya perdido ya la alegría de vivir antes de haber empezado á gozar de la vida. ⁽¹⁾ ¿Habéis presenciado alguna vez, señora, la salida de las niñas del colegio? La diferencia entre ayer y hoy ¿no os ha sorprendido? ¿Dónde está la naturaleza franca y resuelta de esas niñas mofletudas de otros tiempos, que tan admirablemente se armonizaba con la petulancia de los adolescentes? ¿Se ríe V.? Antiguamente parecía, viendo los brillantes ojos y los rostros expansivos de esos niños, que querían volar hacia nosotros, por no decir, saltarnos al cuello. Nadie hallaba nada de reprehensible en eso. Al contrario, más bien nos causaba risa ver esa petulancia alborozada, y con razón, ya que era evidente señal de ingenuidad y de contento interior. ¡Vea V. la generación de hoy día! ¿Qué niño, que conserve aún un resto de naturalidad, no mostrará su alegría al sonar la hora en que termina el estudio? ¿Qué conocedor de la naturaleza humana guardará rencor á un niño, que, después de haber estado encerrado horas enteras, vuelve á encontrar, con el aire y la libertad, el desbordamiento del placer de vivir y el aturdimiento infantil, ni más ni menos que como los jóvenes

(1) Masaryk, *Der Selbstmord*, 176.

animales que, al llegar la primavera, salen por primera vez del establo donde estuvieron encarcelados durante los largos meses del invierno? ¿Quién se extrañaría de cosa semejante? Pues bien, he aquí que nuestras jóvenes, al salir del colegio, se conducen como si hubiesen dejado su inteligencia y su corazón en los bancos que acaban de abandonar. ¿No sé si es disimulo por su parte, para pasar por personas mayores ante los transeuntes, ó si es señal de que en el colegio se han cansado de la vida y están como muertas; pero haced siquiera una vez esta observación, y ved si es natural que no se apresuren á volver á su casa, sino que, semejantes á profesores, anden de puntillas, dándose importancia, y se encaminen á la casa paterna, filosofando gravemente? ¿No podría creerse que, en su modo de andar rígido, en su cabeza inclinada hacia adelante y hundida entre los hombros, en la gravedad con que se dignan saludaros, quieren interpelar á todo transeunte y decir intencionadamente: ¡Ojo, soy yo la que paso? ¿No se pregunta uno involuntariamente: Quién hará salir el sol y crecer la hierba cuando faltéis vosotras? Hay algo de grave en nuestras jóvenes, pero nada de natural. Nosotros mismos, de tal manera hemos llegado á ser extraños á todo lo que es natural, que si alguna vez un capricho infantil y una ingenuidad traspasan esta coraza convencional, nos sentimos casi heridos, é inmediatamente los reprendemos, como si esto fuese una falta de educación. En vez de regocijarnos cuando una niña comete un ingenuo desliz, nos asustamos como si fuese la más grande de las inconveniencias, y la castigamos. Verdaderamente compadezco á esas pobres jóvenes.

«Tampoco exceptúo á los jóvenes. Tienen, verdad es, en su rudeza natural, una excelente protección para su infancia. Pero ¿pueden aún llamarse niños propiamente dichos, esos viejos maestros prudentes, y esos sabios precoces, de los cuales tenemos todos los días tantos modelos ante nuestros ojos? ¿Qué pueden llegar á ser esos pobres seres, sino muchachos pálidos, aniquilados, fantasmas ambulantes en

las calles de nuestras ciudades, chiquillos que, en la primavera de la vida, están hastiados de la existencia y llamando la tisis á gritos, jóvenes por el estilo de Leopardi, viejos antes de tiempo, no de esos antiguos viejos cuya vista nos rejuvenecía, sino ancianos que han llegado á hacerse insoportables á sí mismos y una carga para todo el mundo, porque están gastados, y han vivido ya demasiado? En los hermosos tiempos viejos se decía:

«La juventud debe cantar y saltar; la ancianidad velar por la antigua virtud.» ⁽¹⁾

»Hoy sucede todo lo contrario.

»No digo que estos fenómenos se presenten por vez primera en nuestros días. Conozco suficientemente la historia para saber que hechos semejantes tuvieron lugar en tiempos pasados. Pero esto no nos excusa, ni tampoco nos hace mejores. Ya á principios del siglo XIV, Hugo de Trimberg se condolía de que la juventud fuese demasiado precoz y tan prudente como la ancianidad; que no quisiese aprender nada, porque creía saberlo todo; que cuando un muchacho había aprendido dos ó tres frases que no valían un comino, se creyese ya dueño del mundo. ⁽²⁾ «En mi juventud—dice—me fijaba poco en lo que los ancianos decían. Cuando mis compañeros saltaban y cantaban conmigo, era dichoso, y esto me bastaba. Al presente muchos niños son lince de ojos y zorros de corazón. ¿Qué llegarán á ser en su ancianidad, cuando son ya tan viejos en su juventud?

»Me estremézco;—concluye:—me estremézco cuando los chiquillos hablan con tanta seriedad y prudencia.» ⁽³⁾ ¿Qué diría el rudo maestro de escuela de Bamberg, si viese nuestra juventud actual! Responded vos mismo. La piedad nos embarga, al ver un hombre que lleva en sus facciones las huellas de la lucha, una mujer cuya fisonomía revela la pena de su espíritu; ello nos incita á examinar su vida

(1) Freidank, 52, 4 y sig. (Bezenberger, 114).

(2) Hugo von Trimberg, *Der Renner*, 16560 y sig.

(3) *Id.*, 14897-14913; cf. 6277 y sig. y 16364 y sig.

íntima para saber si es posible socorrerlos. Pero cuando vemos ante nosotros un muchacho con la boca arrugada por los pliegues de la indiferencia, cuyos ojos rodea lívido círculo; cuando vemos una joven con la vista hundida y apagada, con los labios contraídos y el aspecto fatigado, imagen de la súbita ruina de una vida floreciente, ¿no apresuramos involuntariamente el paso para perderlos de vista cuanto antes? Si conocéis un mal que os cause más pena, un mal más difícil de curar, hablad, os lo ruego. Para mí sería casi un consuelo, en mi dolor por la desgracia de nuestra juventud, si pudiese pensar que todavía hay otras cosas capaces de provocar nuestra piedad.»

Así habló el fraile. Y sus compañeros de viaje fueron de parecer que era severo, pero que tenía razón.

2. No se está ya á gusto en el mundo.—El religioso no exageraba. ¡Nos faltan tantas cosas! Nos faltan hombres, mujeres, familias; nos falta educación, caracteres sinceros, abnegación, contento, satisfacción. Nos detenemos aquí para no hacernos interminables. Pero no nos lamentaríamos tanto, si tuviésemos niños. Lo que nos falta á casi todos nosotros, es infancia. Los niños no tienen ya juventud, los jóvenes y las jóvenes han perdido su buen humor y su alegría. Apenas entran en la vida, cuando ya casi ninguno puede soportarla. El niño hace falta á todo el mundo. ¡Qué dichoso es el niño, qué amable, qué digno de envidia! La madre le coloca sobre el césped, le coge algunas flores del campo y prosigue su trabajo. El niño sabe entonces entretenerse solo. Tiene materia suficiente para conversar consigo mismo, y se divierte deliciosamente en la hierba con las mariposas y los insectos. Es más rico que cualquier rey, pues es dueño absoluto del mundo que está á su alcance. Se divierte alegremente con los seres que le rodean, pues se halla en paz consigo mismo. Si un perrito ó una cabrita se acercan á él, les da de su pan, mientras le quede un solo bocado, y se regocija más de que el animal lo encuentre bueno, que si él mismo pudiese sentarse á la mesa mejor servida.

Este es el niño que debemos estudiar á fondo, á fin de comprender poco á poco lo que nos falta. En nosotros mismos, no nos encontramos como en nuestra propia casa, no sabemos sacar provecho de nuestro mundo interno; no tenemos vida en nosotros mismos; por eso corremos hacia el mundo que nos rodea, no para darle lo que nos sobra, sino para buscar en él lo que nos falta. Él es el que debe darnos la casa propia que no encontramos en nosotros mismos. Ahora bien, esta situación que ocupamos frente al mundo es doblemente falsa. En vez de dominarlo, nos presentamos ante él como mendigos. Después de habernos hecho insoportables á nosotros mismos, creemos que debe ayudarnos de modo que en adelante podamos soportarnos. Cuando el sentimiento de nuestra propia vida se ha hecho para nosotros una carga, buscamos el modo de curarnos por medio de las distracciones, entregando así al mundo el último resto de nuestro *yo*. En vez de hacer esfuerzos sobre nosotros mismos y convertirnos en dueños de nosotros por el recogimiento, nos exponemos al peligro de perdernos completamente en las cosas exteriores. Como se desprende de esto, la naturaleza, que está tan por debajo de nosotros, no puede ofrecernos nada que sea digno de nosotros, si nosotros mismos no sabemos añadirle algo. De aquí que no debemos extrañarnos, si los que más se prodigan en el mundo no cesan de quejarse de él y de deplorar su propia suerte. De todos esos brindis y cumplimientos, de todo ese disimulo y adulación, de todo ese engaño, esos suspiros, y esos quebrantos amorosos del corazón, que millares de poemas nos cuentan hasta hastiarnos, pero que miles de personas se creen, sin embargo, en el deber de ensayar, el espíritu no saca ventaja alguna ni el corazón ningún provecho. Todo ello no deja más que heces amargas, resabios repugnantes y el sombrío desierto de un corazón destrozado y una cabeza deshecha, ó, para decirlo de una vez, no deja sino una vida completamente despilfarrada. ¿Qué puede decirse de semejante conducta? ¿No es esta la manera de obrar de un disipador hundido

que importuna en todas partes donde llama, pero que á su vez ha de contentarse con los desperdicios que le arrojan? Yo no conozco más que una palabra para expresar esto; la vida ya no es agradable, «gemüthlich». Nosotros mismos ya no tenemos nada en nosotros, no podemos ofrecer nada á nadie. En ninguna parte podemos encontrar cosa que nos contente; en todas partes falta la satisfacción, «Gemüthlichkeit», y el sentimiento, «Gemüth».

3. Lo que no es el *Gemüth*.—¿Qué es, pues, el sentimiento «Gemüth»? «¡Singular pregunta!—pensará más de uno.—Estos sabios ociosos entienden admirablemente el arte de confabularse para proponer cuestiones sobre cosas que cualquier niño comprende. Pues bien, si lo sabéis, decidnoslo. Os quedaremos sumamente agradecidos.»—¿El sentimiento, «Gemüth»? ¿Qué queráis que sea? Es esa cualidad que todos deben poseer si quieren ser llamados hombres de sentimiento, gemüthlich. No somos demasiado exigentes con esta palabra. Ya es un signo que hace reflexionar mucho el que una cosa haya llegado á ser tan extraña al mundo, que se emplee con deplorable facilidad la palabra que la designa, sin poner siquiera cuidado en lo que esa palabra significa. Se llama también hombre gemüthlich, á un guasón inofensivo, que no puede dejar pasar ante sí á un niño sin gastar con él una inocentada, como igualmente á un charlatán, cuya compañía nos ahorra el ejercicio de la lengua, necesitando únicamente para vivir con él oídos y buena dosis de paciencia. Y, si en cualquier parte, en una sociedad, en una administración cualquiera, las cosas ocurren de tal suerte que nadie sabe quién es el director, y si en ella cada uno puede buscarse su propio derecho, porque todos hablan al mismo tiempo y todos hacen lo que quieren, se dice entonces que es «urgemüthlich». Pero ¿quién, pues, al hablar aquí de «Gemüth», y al recomendar, en nombre de la religión, la educación del «Gemüth», podrá creer que pensamos en algo parecido?

Está fuera de duda que debemos amar el «Gemüth» y

que debemos manifestarlo al exterior. Pero ¿en qué consiste esta cosa interior? Nuestra juventud,—nos dirigimos aquí especialmente á las jóvenes—que trabaja tan poco y tiene tanto tiempo para leer, y que tanto lee, que le queda muy poco tiempo para reflexionar, lee por casualidad, en una novela, una nota espiritual, según la cual, la melancolía del «Gemüth» parece ser propia de los grandes hombres. ⁽¹⁾ ¡Qué consuelo para los jóvenes! ¡Qué descubrimiento! Una luz, completamente nueva, brilla de repente ante sus ojos. Hasta entonces, siempre se les había reñido y castigado, estaban descontentos de sí mismos, cuando se entregaban con indiferencia al trabajo, cuando se perdían en vanos pensamientos para ellos incomprensibles, cuando no querían hacer lo que otros mejores que ellos hacían. Todos los miraban como perezosos, como seres insupportables, presumiendo que, tras semejante conducta, debía haber alguna inclinación no muy partidaria de la luz. Estaban ya á punto de tomar á pechos esos eternos reproches, y cambiar de conducta, cuando, por dicha suya, dieron á tiempo con la clave del enigma. Lo que sus míopes padres tomaban como frivolidades é ineptitud, ofrécese ahora ante sus ojos como un abismo inmenso, como un nuevo mundo. Sí, desde largo tiempo presentían que había tras ellos algo más de lo que el mundo creía; pero ignoraban todavía con exactitud lo que era. La palabra para designar la cosa les faltaba. Ahora la han encontrado: es la profundidad del afecto, «Gemüthstiefe». ¡Hacia ya mucho tiempo que estaban en excelente camino para llegar á ser grandes espíritus, mujeres notables, y no se daban cuenta de ello!

Pero esta vez van á recuperar el tiempo perdido. Se devanan los sesos todo el santo día. Todos sus caprichos se analizan, toda nueva monomanía les llena de admiración. Cuanto más dudas muestran los padres y las institutrices, más seguros están de que una riqueza incomparable de vida oculta é incomprensible para el mundo, se ha desper-

(1) (Aristóteles) *Problem.* 30, 1.

tado en ellos. ¡Felices, si, tras esto, se ponen á hacer versos! ¡Felices si llegan hasta redactar un periódico, ya que, por lo menos, habrán hallado en ello un derivativo que les preservará del extremo peligro y de una inmensa desgracia!

¡Vida afectiva! «Gemüthsleben». ¡Es curioso ver cuán poco comprende el mundo el «Gemüth»! ¿De qué modo ese completo egoísmo, esa pereza del espíritu,—pues la ociosidad atareada y el trabajo inútil, hecho á espaldas del deber, son cobardía y enervamiento—ese paso consciente é intencional á un estado en que uno se convierte en inútil y llega á ser una carga para los demás, pueden ser «Gemüth»? ¿Es posible imaginarse seres más alejados de la profundidad del afecto, «Gemüthstiefe», que semejantes ciegos y pobres corazones que no comprenden siquiera que la primera condición que para eso se requiere es la renuncia personal y el sacrificio?

Por tercera vez preguntamos: ¿Cuál es, pues, el dominio desconocido del «Gemüth»? ¿Puede un hombre esperar alcanzarlo? Sí, es posible, pero no fácil, y se necesita tiempo. Decimos que es un «Gemüth» infantil, cuando encontramos una persona cuya alma se refleja en sus miradas, y que tiene el corazón en los labios; una persona que no conoce la falsedad ni la hipocresía, una persona que se explaya tan fácilmente como se abre el capullo de la flor á los rayos del sol. Pero afirmamos que son éstas disposiciones que no se transformarían en un «Gemüth» completo, sino por la actividad, y que desgraciadamente no se transforman con frecuencia.

¡Cuántos hombres encontramos que tienen todas cuantas condiciones se requieren para atraerse la estimación y el respeto! Pero les falta una sola cosa, la renuncia personal, el don de humillarse ante los demás, de prescindir de sus propias ideas, para ocuparse en todo lo que interesa al corazón de los demás; en una palabra, lo que les falta es el «Gemüth». ¡Cuántas mujeres dan pruebas de poseer magníficas disposiciones para el «Gemüth» en toda su persona!